

LOS DADOS DEL SEÑOR

*Carlos de la Fuente
y Pérez-Villamil*



Click
EDICIONES

Esta novela está dedicada a todos aquellos que durante años han sido deliberadamente olvidados y apartados de la sociedad a consecuencia de su retraso mental, siendo ignorada por propios y ajenos su condición de personas.
A todos ellos...

NOTA DEL AUTOR

Todas las opiniones y descalificativos vertidos por los personajes deben ser entendidos dentro de la propia novela. No se pretende faltar al respeto a ningún colectivo ni a quienes, por diversas circunstancias, tienen o han tenido algún familiar o amigo con los trastornos que se describen en esta historia.

Aunque las fechas de los acontecimientos que se describen y los lugares donde se desarrollan los hechos son ciertos y reales, así como diversos detalles que forman ya parte de la historia de España, esta es una historia ficticia, y debe entenderse como tal.

PRÓLOGO

El tiempo, ese disolvente universal que reduce a la nada lo que nada era y que acrecienta el eterno fulgor de lo imperecedero, la Obra Literaria, con mayúsculas; a fin de cuentas, el auténtico tesoro de la humanidad es la obra de sus genios y creadores, la luz que irradia a través de generaciones. Nos preguntamos: ¿podrían hoy darse a conocer Homero, Goethe, Cervantes, Shakespeare, y suma y sigue? Permítasenos la duda. Veamos, nos topamos con librerías ahítas, superpobladas de banalidades, hojarasca tan prescindible como las vacuas estanterías de centros multimedia que las sustentan; el signo de los tiempos, la sociedad posmoderna trufada de éxitos de la nada y fugacidades del instante. Por el contrario, la obra de Carlos DE LA FUENTE nos reconcilia con la Literatura, con mayúsculas, anida en lo eterno, su relato se halla trenzado de fibra imperecedera, el tejido de las conciencias; a fin de cuentas, ¿qué es la vida sino el drama del significado?, el palpito del sentido que yace en la insignificancia relativa de toda existencia. El autor nos despliega arquetipos eternos, personajes que adquieren su ser y consistencia trascendiendo a la propia ficción. ¿Qué es el paradigma universal del bien y del mal sino el dorso y anverso del mismo espejo? ¿Qué es el libre albedrío sino la corona de libertad que colma de sentido a los estrechos límites de cada vida humana? En suma, los materiales de esta obra pertenecen al tiempo, su único dueño y celoso guardián, que sin duda la custodiará para legado de futuras generaciones.

Pasemos al escenario. Nuestro autor sitúa la acción en el Madrid de posguerra; grisura, melancolía y supervivencia a partes iguales; la Colonia de Fuente del Berro, aún hoy, conserva la mágica identidad que burla el cemento y la saturación de la gran urbe, un oasis privilegiado de chalés y adosados de planta baja lindante con el parque del mismo nombre; espacio mágico donde todavía se

mecen los espíritus de la naturaleza bajo la pétrea y vivaz mirada de las estatuas de Bécquer y Pushkin. La Colonia pervive hoy en día con una vitalidad insospechada, oasis privilegiado preñado de artistas, detentadores de estatus y poder adquisitivo, más algún rezagado de renta antigua. Su nacimiento se remonta a principios del siglo xx; en su lactancia —al igual que hoy— se hallaba configurada por grupos de unas cuantas manzanas de lo que antes se llamaban hotelitos y ahora viviendas unifamiliares. En definitiva, chalés antiguos agrupados en barrios que nacieron cada uno con una historia particular; algunos fueron iniciativas sindicales para ofrecer viviendas baratas a sus afiliados; otros eran casas para militares, ferroviarios, bomberos, empleados de la Electra —como se decía antes—; otros, fruto de iniciativas de marquesas dadivosas, rebosantes de obras de caridad, dádivas y sustanciosas limosnas en forma de terrenos e inmuebles para que pudiera vivir la gente pobre; mil y una circunstancias, a cual más curiosa. Con disección de cirujano, la minuciosa pluma del autor salpica el relato con toda suerte de perlas y referencias de la época, perfecto maridaje entre historia y literatura, ¿quién da más?

Pasemos al riquísimo mosaico de seres que habitan y palpitan en este singular escenario. De la mano del autor vamos descubriendo la estela de unos personajes transidos de significado. Victoria, la tía amorosa y expulsada, alma que trata de inyectar extramuros el amor y la misericordia que la rigidez de un suboficial de ingenieros asfixia hasta la exasperación; este posee una conciencia tan seca y enjaulada como los rígidos barrotes que en forma de acerados valores la sustentan. Irene, el amor adolescente y numinoso que jamás llegaría a ser y cuyo celestial esqueleto permanecerá para siempre en el dolor y la memoria de los jóvenes amantes; química de dos almas quebrada para siempre por la incomprensión, la hipocresía social y la sórdida lucha por la existencia. ¿Qué es el amor sin el coraje?; ¿qué es el cielo sino quijotesco manantial fluyendo entre la magia y la incertidumbre?; hoy como ayer, como anteayer, como mañana, como siempre; fábula de cualquier tiempo. Al final la realidad se impone, la hidra de la seguridad vaciará de ilusión y vida a Irene, pero a cambio gozará del seguro sustento que proporciona ser la mujer del dueño de una zapatería, ¿les suena? Sigamos. María Dolores, la asistenta, tan llena de amor, sumisión y entrega como infeliz jirón, alma atormentada por la crueldad de los tiempos. Pasemos a las figuras centrales de este prodigioso zoco. Pablo, el hijo atormentado e infeliz,

atrapado entre un padre seco, yermo e inmisericorde, «soy un suboficial de ingenieros del ejército español, no lo olvides nunca», y Santi, un hermano deficiente, balbuceante conciencia en deforme forma humana; un estigma social, mácula contaminada del honor familiar, «¿tú le has visto bien?, apenas tiene un año y ya tiene cara de tonto, ¡es imposible que un hijo mío, un vástago del sargento primero Robledo, pueda haber nacido así!». ¿Qué pecados hicieron posible que un suboficial de ingenieros tuviera que sufrir esa lacra?; sin duda, aquello era un castigo divino, fruto del pecado. «Todos tenemos nuestro sino y el de Santiago es estar postrado en una cama, en una asquerosa silla el resto de su vida, que por otra parte a lo mejor es la pena con la que el Señor le ha castigado por haber acabado con la vida de su madre», expresa el padre, seca crueldad en boca airada. ¿Mas acaso aquel cuerpo deforme carecía de significado?; ¿acaso no es el absurdo la peor cuchilla del mal?; ¿no es el sinsentido la máxima expresión de crueldad suprema? No, no podía ser. Pablo, el hermano, nos desvela la plenitud en su sentido más trascendente, el significado último y singular de cada existencia, de toda existencia. ¿Acaso el torpe y titubeante balbuceo de su hermano no era la mayor muestra de amor, no era un regalo de la providencia? El desgarró que acompaña a la crucifixión, ¿qué significa sino la expresividad primaria y torpe del ángel aprisionado en un cuerpo deforme y mutilado? Locura, al fin y al cabo, la incesante lucha entre el amor y la impostura, el eterno ballet de los pares de opuestos; la misericordia y la muerte travestida de veneno; macabra danza de acerados valores, cobardía y el pesado dogal del estigma social. ¿No es el qué dirán y el huro culto a la imagen una constante de todas las épocas, la máxima expresión de la impostura, deforme máscara del yo tras la que se agazapan nuestros más silentes miedos y serpientes? Mas al final de la obra emerge el drama en toda su plenitud y humanidad, un colofón grandioso, la anagnórisis se despliega en todo su sublime esplendor: será aquel hijo encarnado en un cuerpo deforme y balbuceante el que dé trágico sentido a la existencia del padre, un suboficial de ingenieros, desnudo ante el altar de una existencia perdida, crucificado ante la revisión de su vida, un corcel de impostura surcando una estela de indiferencia, sequedad y muerte. Aquel hijo discapacitado dará trágico sentido a la única razón por la que merece vivir un ser humano: el amor. ¿Acaso no es el más bello concepto de la divinidad? Late en esta obra la sustancia inmortal de los dramas griegos, el palpito de las grandes obras, el tejido de lo impercedero, el

drama de unos personajes que trascienden a su tiempo y a su época; impresionante final y absorbente relato, mas dejemos al lector en su recorrido iniciático. A nosotros desde estas humildes líneas solo nos resta agradecer al autor este regalo, una magnífica parábola, un rotundo homenaje a la transcendencia y divinidad del ser humano.

H. PELOSIO (Antropólogo y escritor)

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

CIAN

Ayer jueves llegué de Suiza, donde resido con Marianne, mi compañera desde hace seis años, en una modesta vivienda del centro de Berna, en compañía de Atila, un viejo Labrador de color negro, que nada tiene que ver con el rey de los hunos. El pobre tiene ese carácter y esa cara de bueno que poseen todos los perros de su raza. Estaré en Madrid apenas unos días antes de volver de nuevo con ellos.

Mientras me dirijo en taxi a mi cita, observo a través de la ventanilla la preciosa ornamentación navideña de la siempre bulliciosa calle Serrano, con esos adornos y luces que cruzan la vía de lado a lado. Gran cantidad de gente abrigada hasta las cejas se amontona frente a los lujosos e inaccesibles escaparates, padres con sus hijos en hombros o madres y abuelas con los cochecitos, por la apariencia de sus ropas, personas todas ellas humildes, que observan los artículos tras las lunas de los comercios, muchas de ellas con amargo deseo y decepción a sabiendas de que nunca llegarán a tener el bonito reloj suizo o el nacarado collar de perlas que tan bien luciría en un cuello como el suyo. Me resulta absurdo ver cómo tantas personas eligen sufrir y malgastan su tiempo deseando y contemplando algo que la mayoría de ellos nunca tendrán. Sin duda no deja de ser un excelente ejercicio de masoquismo y desengaño, creándose a sí mismos necesidades que antes ni siquiera conocían, antesala del pesimismo y la frustración.

Ya llegando a mi añorada Puerta de Alcalá, paso por delante de un inmenso árbol de Navidad en cuya copa reza la leyenda «Feliz año 1982». Tras algunos minutos evitando dar conversación al indiscreto taxista, que parece estar más interesado en mi vida privada que en la propia circulación, llego a mi destino, la

colonia Iturbe o colonia de Fuente del Berro, como se la suele conocer. Al menos entonces era un barrio tranquilo de casas bajas, construidas en los años veinte, a modo de hotelitos,[1] generalmente ocupadas por gente de clase media-alta.

Todo parece seguir manteniendo su espíritu. Los olmos y las acacias de las aceras, la paz que se respira, o los característicos maceteros de la mayoría de las casas, hechos con azulejos azules y amarillos. Hasta los gatos que deambulan por la zona podrían ser los mismos de antaño. El blanco y negro de antipática cara o el atigrado asustadizo parecen ser el atrezo inmortal de todas las calles de cualquier ciudad.

El taxista me deja justo delante de una casa, totalmente cubierta por la madreSelva, que apenas reconozco, aunque coincide con la dirección que le he facilitado. Cuando me bajo del automóvil, un aire frío y húmedo se apodera de mí, no sin antes respirar el desagradable humo del escape del taxi. El cielo está bastante encapotado, plomizo, melancólicamente gris, y rápidamente identifico la roñosa y verduca cancela con esos adornos de forja que simulan unas rosas y la ya desconchada fachada pintada en un triste ocre. Mirando hacia arriba, descubro la ventana central de la planta superior que, a diferencia de las de los extremos, es ovalada en su parte superior.

Este fue mi hogar durante los años más difíciles de una persona, donde pasé mi infancia y juventud y me convertí en un buen hombre, a pesar de mi padre y su enfermizo autoritarismo que con relativa frecuencia le hacía transformarse en el ser más cruel sobre la tierra.

Por suerte mis llaves siguen sirviendo, no sin cierta dificultad, y a duras penas consigo abrirme paso entre gran cantidad de vegetación para recorrer los escasos tres metros que separan el muro de maleza de la puerta de la casa. Siento una enorme tensión y nerviosismo, porque hace ya algunos años que crucé este umbral en sentido contrario, con la duda de si volvería. Al entrar en la vivienda, un extraño olor a humedad rancia me da la bienvenida, a la vez que un aluvión de sensaciones, miedos y recuerdos invaden mi cuerpo. Enciendo la lámpara de la entrada y consigo ver algo, para a continuación abrir las contraventanas del pequeño salón, antes de que venga la persona con la que he quedado. La luz que entra a través de los cristales deja al descubierto la enorme capa de polvo que descansa sobre todos los muebles y el vaho que sale de mi boca al respirar ese aire gélido, enclaustrado, contaminado de tiempo y de rutina.

Ahí sigue el sillón de cuero de mi padre, con los apoyabrazos sembrados de agujeros por las quemaduras de los cigarrillos que dejaba caer cuando se quedaba dormido leyendo *El Alcázar*, [2] y la enorme alacena llena de platos, fuentes y alguna foto de él, de uniforme, siempre perfectamente vestido y afeitado, a excepción de aquel ridículo, fino y oscuro bigote que le gustaba dejarse, en esa cara siempre seria y amargada. En una esquina de la estancia permanece aún la mesa de madera donde solíamos comer, con todas esas fotos de mi madre sonriendo, alegre, vivaracha, y el tapete de encaje blanco que ella misma bordó. Sobre él, nuestro querido aparato de radio ya en desuso, el cual hacía que mi padre se desternillase, aunque fuese en contadas ocasiones, escuchando a Tip y Top. [3] Esa mágica caja de madera de donde siempre salía el único aliento sonoro capaz de romper la monotonía de unos años sin sorpresas, manifiestamente lineales y desagradecidos, pero a la vez enriquecedores en experiencias, valores y principios. Todo ello envuelto en ese papel de pared de dibujos marrones, sobrio, áspero y deprimente, como si fuese un regalo por compromiso, sin alma. Objetos todos ellos ahora sin corazón, fríos, distantes entre sí.

Me dirijo a la cocina de blancos azulejos antaño. Sin embargo, no consigo tener el estómago suficiente para entrar en la diminuta y lúgubre estancia, la cual está llena de cacharros amontonados en el fregadero, con comida más que reseca, grasa y migas de pan por todas partes, resultado de la desidia y el abandono de los derrotados, de los hundidos o, directamente, de los guarros.

Subo a la planta superior a través de la ruidosa y antigua escalera; estructura que más de una vez bajé golpeando con la cabeza en todos y cada uno de sus peldaños, cuando mis pies corrían más que mis ojos. El primer sitio donde entro es en la habitación de mi hermano Santi. Ahí sigue su silla de ruedas, su cama heredada de mí, con esa horrible colcha azulona, y el crucifijo colgado sobre el cabecero. Encima de la mesilla de madera que hay junto a la ventana se encuentra el viejo tocadiscos con un vinilo de *La Pasión según San Mateo* de Bach. Un par de deformes y ortopédicos zapatos negros aguardan frente al armario a que alguien los saque por primera vez a correr, a conocer mundo, a pisar charcos o golpear balones, y junto a ellos, tirado en el suelo, el diminuto televisor de diapositivas que le regalé. Hay algunos trozos pequeños de pan duro esparcidos por la habitación, como pequeñas señales de lo que un día significaron.

Apoyado en el quicio de la puerta y con la vista fijada en la sucia pared, me

acuerdo de él y comienzo a recordar nuestra vida entre estos muros, mientras el descolorido perro de peluche que está sobre la almohada clava sus plásticos ojos en mí, como si me reconociese y agradeciese el dueño que un remoto día le di.

* * *

Año 1951

Yo tenía entonces apenas seis años. Una de las cosas que más recuerdo de aquellos meses anteriores al nacimiento de mi hermano —aparte, obviamente, de las tardes con mi madre en casa y las pesadísimas misas de once de los domingos en las que mi padre entraba casi en trance— son las visitas que hacíamos a la casa de mi tía Victoria los sábados por la tarde. La hermana mayor de mi padre era una mujer ya entrada en años, de profundos y brillantes ojos negros, con algunas canas en aquel pelo que se encargaba de llevar siempre recogido, y soltera, pero no precisamente porque la naturaleza no hubiese sido generosa con ella, sino más bien todo lo contrario, era francamente guapa. La razón de su soltería se debió más a un amor despechado que a cualquier otra causa. Enlutada de la cabeza a los pies desde la muerte de mi abuelo, sentía verdadera pasión por mí. Le encantaban los niños y, de hecho, el no haber sido madre creo que fue la única asignatura pendiente en toda su vida. Una mujer incompleta.

En su casa, me dedicaba a jugar en la alfombra del comedor con un viejo muñeco o a perseguir al gato —el cual me tenía pavor y salía huyendo cada vez que me veía aparecer—, mientras mis padres y mi tía hablaban de las intimidades de tal o cual vecina, cosas a las que hoy en día sigo sin verles el interés o entretenimiento.

Mi madre estaba embarazada de Santi, que nacería en el mes de mayo, en plena primavera. Tenía muchas ganas de un hermano y, de hecho, creo que mis padres se lanzaron a buscarlo a consecuencia del implacable acoso al que los sometí durante meses. Todos mis amigos de la escuela tenían hermanos, algunos de ellos hasta seis o siete, hecho que me producía una tremenda e insana envidia.

Por las mañanas, mamá se encargaba de despertarme, corriendo las cortinas de mi habitación, para posteriormente comenzar a darme tiernos besos por toda la cara, a la vez que me hablaba en aquella dulce y baja voz, procurando que mi vuelta matinal a la realidad fuese lo más progresiva y delicada posible.

Luego me abrazaba y continuaba comiéndome a besos o haciéndome cosquillas. Aún recuerdo su olor..., siempre olía a jabón. ¡Qué maravilla de mujer!

Para entonces, mi padre, que solía madrugar bastante, ya llevaba alguna que otra hora en el cuartel, por lo que era ella misma quien me llevaba al colegio Sagrada Familia, en la calle Jorge Juan, donde cursé la mayor parte de mis estudios.

¡Aquellas mañanas que nunca olvidaré, en compañía de la persona más importante de mi vida y, sin embargo, no la que ha dejado más huella en mí! Mientras me acompañaba a la escuela, solía recriminarme que fuese restregando la mano por toda la fachada de piedra y ladrillo de la casa de las Hermanitas de los Pobres, en la calle Iturbe, aunque, a decir verdad, no le hacía demasiado caso. Solía ir con ella a comprar leche a la vaquería de doña Cele, amable y escandalosa mujer, que atendía al público tras aquel sucio mostrador mientras su marido se dedicaba a ordeñar y atender a las vacas en la trastienda del local. Pero lo que más me gustaba, sin duda alguna, era ir a la pescadería, donde me deleitaba mirando aquellos peces convertidos en pescado, inmóviles, con los ojos hundidos y sin brillo, todos ellos los más torpes, lentos o despistados de cada especie.

Mi infancia, al menos hasta que nació Santiago, se podría considerar relativamente normal, ya que dentro del fortísimo y difícil carácter que tenía mi padre, mi madre hacía de contrapunto, mitigándole y apaciguándole, como si se tratase de un antídoto capaz de amansar a las fieras. La verdad es que no sé si fue buen o mal padre, al menos conmigo; es una duda que aún hoy sigo manteniendo. Siempre quiso lo mejor para sus hijos..., bueno, mejor dicho, para mí. Era una persona muy recta y perfeccionista a quien le gustaba hacerse respetar, aplicando sus correspondientes y severísimos castigos a quien infringiese cualquier tipo de norma. Era una especie de juez y verdugo a la vez. Consideraba que nadie que hubiese cometido cualquier acto susceptible de ser castigado, sin excepción, debía permanecer impune. En las comidas siempre nos contaba, lleno de orgullo, lo firme que era en su trabajo, arrestando a los soldados o incluso a otros mandos por debajo de él, simplemente por llevar las botas sucias o ir mal afeitado. Se sentía exultante de ser así; disfrutaba haciendo aquello y le encantaba su trabajo. Es más, creo que en el Ejército encontró su hábitat natural, donde aplicar sus penas sin ser recriminado o replicado por nadie, hecho que le otorgaba una total

impunidad para su colosal necesidad. Sin embargo, y aunque en ocasiones pudiese parecer el mismísimo diablo, por encima de todo amaba a mi madre y a Dios, por ese orden.

Pero también era una persona temerosa del Todopoderoso, y tremendamente insegura. La vida cuando él estaba en casa no era fácil. Yo, más que como un padre, le veía como una especie de ogro, al que temía por sus arranques de ira y sus violentos ataques sobre platos, vasos o puertas, que en ocasiones rompía a patadas, para luego avergonzarse, venirse abajo y pedir perdón a mi madre, llorando en sus rodillas como un niño, mientras yo era un pueril testigo que, hecho una pelota, presenciaba todo desde los bajos de la mesa del salón, atemorizado.

Tras estos episodios, en los que yo me ponía a llorar de verdadero terror, mi madre solía excusarle y decirme:

—Pablo, hijo, no debes tener miedo de papá. Él te quiere mucho, pero se pone nervioso y se enfada porque tiene mucho trabajo y está cansado. Ya sabes que papá es militar y los militares son personas muy importantes que cuidan de todos nosotros. Pero no debes temerle. Nunca te haría daño.

—Sí, mamá, pero cuando se enfada y lo rompe todo, parece otro —le respondía yo.

A lo que mi madre me abrazaba y callaba sin saber qué contestarme. Nunca entendí qué hacía una mujer como ella, cariñosa, alegre, angelical, con semejante energúmeno, amén de la diferencia de edad entre ambos, ya que mi padre era quince años mayor.

Se habían conocido después de la Guerra Civil en el Diana, una sala de espectáculos que había en la glorieta del General Álvarez de Castro, donde un tal José Carlos, muy amigo de ambos, los presentó. A mi madre le encantaba bailar, y por aquella época era una jovencita muy atractiva que se dejaba ver aquí y allá. Seguramente lo que le llamó la atención de mi padre fue ese porte y estatura que tenía, además de la seguridad tanto económica como emocional que un hombre bastante más mayor que ella podía aportarle en los difíciles tiempos de la posguerra.

Un domingo de finales de abril por la tarde, tras haber disfrutado de un primaveral y maravilloso día, comenzó a levantarse algo de viento. Oscuros y amenazantes nubarrones hicieron acto de presencia en apenas unos minutos. La

ventolera hizo que las contraventanas de mi habitación golpearan rítmicamente contra la fachada, mientras yo jugaba en mi habitación con aquel motorista de fricción y chapa policromada. Yo estaba inmerso en mis juegos, a la vez que no dejaba de prestar cierta atención a la meteorología, cuando de repente mi madre, que se encontraba cosiendo unos calcetines junto a la ventana de su habitación, comenzó a gritar y llorar de dolor. En principio creí que se habría pinchado con la aguja, pero tanto escándalo me resultaba algo exagerado. Al parecer era Santi, que quería salir ya, pensé que para jugar conmigo. Mi padre, que estaba en el salón oyendo la radio, subió inmediatamente dando enormes zancadas de tres en tres escalones. Visiblemente muy nervioso y alterado, temí que volviese a romperlo todo, pero esa vez fue distinto.

—¡Julián! ¡Llama a don Ángel y acércame a la cama! ¡Estoy de parto! — repetía una y otra vez mientras se revolvía de dolor.

Instantes después, y tras acomodar convenientemente a mi madre en el lecho, mi padre salió corriendo de casa con la misma rapidez con la que había subido. Me quedé junto a mi madre, en la cama, mientras ella no dejaba de quejarse y llorar a la vez que me cogía la mano para esbozar una tenue y forzada sonrisa muy de vez en cuando, intentando decirme con esa desagradable mímica que no me preocupase. Sudaba muchísimo y tenía la cara desencajada a la vez que apretaba fuertemente las sábanas de la cama con sus manos, exhausta de dolor. No entendía por qué Santi le tenía que hacer tanto daño a mamá.

Al cabo de un buen rato, en el que yo no sabía muy bien qué hacer para que mi madre dejara de sufrir, apareció mi padre con el solemne y seco doctor, y prácticamente a continuación llegó mi tía Victoria.

Ella me cogió de la mano y me llevó de nuevo a mi habitación, mientras yo miraba hacia atrás para seguir contemplando a mi madre allí postrada, con la amenazadora advertencia de que bajo ningún concepto debía abandonar dicha estancia hasta que no oyese llorar al bebé.

Tras esto, salió apresuradamente de mi alcoba, con la intención seguramente de ayudar en el parto, no sin antes cerrar con un inesperado portazo. Los gritos de mi madre se oían perfectamente aun con la puerta cerrada y el enorme vendaval del exterior. Tras unos largos y angustiosos minutos en los que comencé a llorar muy asustado, valoré, como buen niño que era, la posibilidad de desobedecer la prohibición de mi tía.